

Jesucristo en el santísimo sacramento del Altar, en forma corporal, y que le aparecía también la gloriosa Magdalena. Pasó de esta vida al Señor, en el convento de S. Francisco de México, donde yace su santo cuerpo.

De Fr. Pedro de
Castillo.

1534.

Fr. Pedro de Castillo, natural de la montaña del valle de Gu-
riezo, siendo mancebo y queriendo huir de los peligros del mundo,
entró en la religion del padre S. Francisco, tomando el hábito en el
convento de Almazan, de la provincia de la Concepcion. Movid
por el celo de la honra de Dios y salvacion de las almas, vino á
esta Nueva España, año de mil y quinientos y treinta y cuatro,
donde halló algunos varones santos del mesmo hábito y espíritu,
con los cuales discurriendo por diversas partes y evangelizando la
palabra de Dios, convirtió multitud de infieles á la fe de Cristo y
los trajo al gremio de la santa Iglesia romana, particularmente en las
provincias de Tlascala y Jilotepec, y en los pueblos de Tula y Te-
pexic. Era varon perfecto, de suavísimas costumbres, muy ejem-
plar y observante, pobre y despreciado. En la paciencia se mostraba
otro Job. Acaeciale levantarse antes del alba á confesar los indios,
y ocupado todo el día en este ejercicio se olvidaba de comer hasta
que lo llamaban, sin dar algun indicio en su aspecto de cansancio,
disgusto ó impaciencia, aunque la gente que confesaba (por ser bár-
bara y de muy poco talento) era ocasionada para cansar y hacer
impacientes pechos de diamante. Visitóle el Señor y tocóle con su
mano (como á tan escogido siervo suyo) con una prolija enferme-
dad de gota en piés y manos, que hasta la muerte lo tuvo tullido,
padeciendo continuos dolores; mas ninguno jamas le oyó quejarse,
ni salir de su boca palabra que no fuese de mucha paciencia y con-
formidad con la voluntad del Señor, á quien él daba muchas gracias
por semejantes regalos, cantando loores divinos cuando mas le
apretaban los dolores. Privó también Nuestro Señor á este su siervo
de la vista corporal para mas mérito suyo, en el cual trabajo mos-
tró grandísima paciencia. Cuando hablaba con alguna persona, era
con tanta afabilidad y alegría de su rostro, que daba bien á entender
cuán llena estaba su alma de Espíritu Santo (que segun el apóstol)
su fructo es gozo espiritual. En todo tiempo, estando sano ó en-
fermo, fué para sí muy austero, y castigaba su cuerpo con mucho
rigor, trayéndolo al servicio del espíritu. Con toda su vejez y en-
fermedades, no traía mas ropa que un hábito de áspero sayal, sin
túnica. Antes que se tullese anduvo siempre descalzo, y dormía
sobre unas tablas. Despues de tullido, no dejó por eso de trabajar

Galat. 5.

como de antes en la obra de los naturales, haciéndose llevar en una
silla de pueblo en pueblo, no cesando de predicar y confesar y doc-
trinar, llevando adelante y creciendo en él el ferventísimo celo de la
salvacion de las almas, que le habia movido á aprender la dos len-
guas mas generales de esta Nueva España, mexicana y otomí. En
los pueblos de los indios, cuando así los visitaba, no consentia que
le pusiesen colchon en la cama donde habia de dormir, y si hallaba
alguno puesto luego lo mandaba quitar, y reposaba sobre las tablas
con alguna manta vieja. Comia con alegría los manjares mas gruesos
y comunes, y poníale fastidio los delicados y particulares. En la
oracion era continuo y ferviente. Rezaba el oficio divino conforme
al breviario, aunque estaba ciego, porque tenia en la memoria mu-
cha parte de él, y ayudábale otro religioso. También rezaba el oficio
de los frailes legos, y muchas coronas de Nuestra Señora, con otras
oraciones y devociones. Confesaba y comulgaba á menudo, y esto
con tantas lágrimas, que ponía mucha devocion y compuncion al
ministro que le administraba estos sacramentos. Tenia particular
cuidado que en su celda no faltase agua bendita para remedio de
las muchas y graves tentaciones con que el demonio suele acometer
á los mas perfectos. No contento con lo que él por su persona tra-
bajaba por la salvacion de las almas, deseaba mucho que todos los
religiosos supiesen la lengua de los indios para ayudarlos, y así á
los que no sabian lengua les persuadía que la aprendiesen y se ofre-
cia á enseñársela, y se ocupaba con gran voluntad en ello. En es-
pecial enseñaba la lengua otomí, por ser muy dificultosa y bárbara,
sin cansar día y noche en responder á todo lo que le preguntaban.
Por estar ciego, rogaba muchas veces á algunos religiosos ó indios
que sabian leer le leyesen en un vocabulario que tenia de la lengua
otomí, porque no se le olvidase, y por esta causa dejase de predi-
car en ella. Predicaba todos los domingos y fiestas, salvo cuando
le aquejaban los dolores de su enfermedad de gota. Amaba á los
naturales muy tiernamente, y defendíalos de los agravios y desafue-
ros que algunos españoles les hacian. En la obediencia era prontí-
simo, que aunque estaba tullido y ciego, si su prelado le mandaba
ir á visitar los naturales en sus pueblos (por ser como era este
siervo de Dios muy buena lengua), luego se hacia llevar á ellos, y
les predicaba y consolaba en sus trabajos y aflicciones. Y si el pro-
vincial le enviaba alguna obediencia para ser conventual en otra
parte, luego que se la daban la cumplía sin excusa, porque tenia su
voluntad puesta en la de su prelado, como verdadero hijo de obe-

diencia. Queriendo, pues, Nuestro Señor dar el premio de tantos trabajos á este su fiel siervo, que habia trabajado mas de cuarenta años, una noche despues de maitines sacó su ánima de la cárcel del cuerpo y la llevó á su gloria para gozar de su Esposo para siempre. Murió este bienaventurado padre en el convento de S. José de Tula, año de mil y quinientos y setenta y siete. Su cuerpo está enterrado en el mismo convento junto á las gradas del altar mayor. Á su entierro se hallaron muchos religiosos capitulares que iban á un capítulo que entonces se celebraba en México.

CAPÍTULO XLIX.

De otros religiosos memorables de aquellos tiempos.

De Fr. Francisco
de las Navas.
1538.

FR. Francisco de las Navas, de la provincia de la Concepcion, vino á esta del Santo Evangelio el año de mil y quinientos y treinta y ocho con otros seis religiosos que envió la serenísima Emperatriz Doña Isabel. Fué el primero que comenzó á bautizar la nacion de los indios llamados popolocas, el año de mil y quinientos y cuarenta, y bautizó en dos meses pasados de doce mil. Despues aprendió la lengua mexicana y la supo muy bien, y en ella trabajó muchos años hasta el de setenta y ocho que murió, siendo guardian del convento de Tlatelulco. Enterróse en el de México, donde primero habia sido guardian.

De Fr. Antonio de
San Juan.

Fr. Antonio de San Juan fué primero clérigo y arcipreste en tierra de Campos, donde era natural. Tomó el hábito de los menores en la provincia de la Concepcion, y de allí pasó á estas partes de la Nueva España con deseo de ganar almas para Dios. Y aunque era hombre de mucha edad, aprendió la lengua de los indios mexicanos, y la supo, y trabajó en esta viña de Cristo con mucha solicitud y ejemplo. Hiciéronlo guardian del convento de Tula el año de mil y quinientos y cuarenta y tres, y fué el primero que comenzó á dar allí el santísimo sacramento de la Eucaristía á los indios, por donde de este siervo de Dios tienen en aquel pueblo particular memoria. Y tambien porque siendo allí segunda vez guardian el año de mil y quinientos y cincuenta, comenzó á edificar por mandado del ministro provincial Fr. Toribio Motolinia, la iglesia que aquel pueblo al presente goza, dedicada al glorioso confesor S. José, la cual acabó tornando tercera vez por guardian el año de

1543.

1550.

mil y quinientos y cincuenta y cuatro. Juntamente con esto edificó mucho á los indios de aquel pueblo en las cosas de nuestra fe cristiana y buenas costumbres, y en el ornato del culto divino. Está enterrado en el convento de S. Francisco de México, donde murió lleno de muchos años y buenas y apostólicas obras.

Fr. Lúcas de Almodóvar, lego, vino de la provincia de los Ángeles. Fué notable enfermero y de mucha caridad, y ejercitó este oficio muchos años en el convento de S. Francisco de México, con mucho ejemplo y observancia de su profesion. Tuvo don de curar, con lo cual hizo muchas curas muy señaladas en religiosos y seglares, así españoles como indios, de los cuales, como de pobres, más se compadecia. El prudente virey de esta Nueva España, D. Antonio de Mendoza, desahuciado de los médicos, se curó con él, y Fr. Lúcas lo dejó sano. El doctor Alcázar, médico famoso de la ciudad de México, no se queria curar con otro, sino con este siervo de Dios. De las otras órdenes venian enfermos religiosos á la enfermería de S. Francisco á curarse con él, como lo hizo el maestro Fr. Alonso de la Veracruz, de la orden de S. Augustin, en una grave enfermedad que tuvo, y volvió sano y contento á su monesterio. Con otros muchos hizo lo mismo, que por evitar prolijidad no se cuentan. Murió Fr. Lúcas en el convento de México, cerca de los años de mil y quinientos y cincuenta. Al tiempo de su muerte apareció una cruz en el aire, y grande, sobre la enfermería donde acababa de espirar, y donde tanto se habia abrazado con la cruz de Cristo ejercitando aquel oficio y obra de tanta caridad, la cual cruz vieron algunas personas seglares devotos del convento, y admirados de ello lo vinieron á decir á los religiosos, y hallaron que en aquel tiempo acababa de espirar el siervo de Cristo Fr. Lúcas de Almodóvar, devoto de la santa Cruz.

Fr. Juan de Gaona, de la provincia de Búrgos y natural de la misma ciudad, hijo de buenos padres, tomó allí el hábito de religion de nuestro padre S. Francisco, en su mocedad, y habiendo oido su curso de artes y teología en la mesma provincia, fué á reformarse y perficionarse en estas y otras ciencias á la universidad de Paris, que á la sazón florecia mucho mas que agora en letras. Tuvo allí por su principal maestro en la teología escolástica al famoso doctor Fr. Pedro de Cornibus, el cual, conocida la habilidad y excelente sujeto de Fr. Juan de Gaona, puesto que tuvo muchos hábiles discípulos, aunque muchos de ellos faltasen del general, subido á la cátedra miraba á todas partes, y como viese presente á

1554.

De Fr. Lúcas de
Almodovar.

1550.

De Fr. Juan de
Gaona.

Fr. Juan, con solo él se contentaba, diciendo: *Sufficit mihi unicus Gaona*. «Bástame á mí solo Gaona por oyente, para que no sea infructuoso mi trabajo.» Tanta era la opinion que este doctor tenia de su habilidad y ingenio. Salió de sus estudios este religioso varon, excelente latino y retórico, razonable griego, muy acepto predicador, y sobre todo, profundísimo teólogo, y lo que mas es de estimar, religiosísimo en sus costumbres y celoso de la guarda de su profesion y regla. Volvió de París á su provincia de Búrgos, donde le mandaron leer santa teología, y como candela puesta sobre alto candelero, comenzó á extenderse la fama y luz de su sabiduría y religiosa persona por las provincias de España entre los frailes de la órden. Residia entonces la corte del Emperador Cárlos V en Valladolid, y los padres de aquella provincia (que es de la Concepcion), atento al concurso que habia de personas principales cortesanas que acudian á aquel convento de Valladolid á oír las lecciones y ver los ejercicios que los religiosos tenian en sus estudios, pidieron con mucha instancia al ministro general que les diese por lector de aquel convento á Fr. Juan de Gaona, por lo que tocaba al honor y decoro de toda la órden, y así el general le mandó venir allí para el efecto. Estando en aquella corte leyendo teología, como la serenísima Emperatriz Doña Isabel, gobernadora de los reinos de Castilla en ausencia del Emperador (con la aficion y celo que tenia de favorecer las cosas de las Indias), anduviese buscando religiosos, tales cuales en aquel tiempo convenian para la conversion y manutencion de estas nuevas gentes, puso los ojos en Fr. Juan de Gaona, considerando su religion y letras, y encargóle que con otros escogidos religiosos pasase á esta provincia de México. Viendo, pues, el prudente varon, que esto venia de mano de Dios, apercibióse luego para tan larga y peligrosa jornada, y llegó acá con los demas el año de mil y quinientos y treinta y ocho. Luego que vino comenzó á deprender la lengua mexicana, y para mejor darse á ella dejó por diez años los libros y estudios graves de las letras, y salió con ello de tal suerte, que la supo como el mejor en su tiempo, como parece claro en los coloquios que compuso en ella, que andan impresos, y es lo que mas se ha estimado de todo cuanto en esta lengua se ha escrito. Porque en la pureza y elegancia de lengua excede á todo lo demas, y en la materia muestra bien el autor su espíritu y sabiduría. Solo este librito ha quedado de su memoria, y en latin una apología contra un famoso teólogo extranjero, al cual convenció de un error y lo hizo retractar, aunque no está impresa, y á esta

causa por ventura se perderá, como se han perdido otros tratados suyos de mucha erudicion que compuso, así en latin como en la lengua de los indios. Su predicacion en la ciudad de México fué de grande aceptacion y edificacion entre los españoles, mayormente por su mucho recogimiento, que jamas salia del convento, ni tenia cumplimientos de visitas con alguna persona, ni aun con el mismo virey, y juntamente por su extraña compostura y honestidad en el púlpito; tanto, que las señoras y matronas de México daban con esto en rostro á sus hijas, diciéndoles que tuviesen por dechado al padre Gaona en la guarda de sus ojos y sentidos y compostura de su persona, que propriamente parecia (como suelen decir) una dama. No se ensoberbeció este varon apostólico con las gracias de que Dios lo adornó, antes fué humilde sobremanera, pues siendo tan docto se puso á leer gramática á los frailes, y tambien á los indios en el colegio de Tlatelulco, y de ellos sacó retóricos y artistas que fueron para leer á religiosos mancebos, por la falta que entonces habia de frailes lectores. Y siendo guardian, él era el primero que tomaba la escoba para barrer, y para hacer los demas oficios de humildad, como se vió en Xuchimilco, que siendo allí guardian y lector, y labrándose cierto edificio que se hacia, salia fuera del convento por tierra con una espuerta, y le seguian sus discípulos y los principales del pueblo, tomando ejemplo de su buen caudillo y pastor. Enflaquecia su cuerpo con ayunos, vigiliias y penitencias. En el adviento y cuaresma, con predicar en el convento y en la ciudad, se pasaba con una escudilla de caldo de lo que se guisaba y un solo huevo de racion principal. El celo que tenia de la salvacion de los naturales era muy grande. Eligiéronlo en séptimo ministro provincial de esta provincia, despues que acabó su oficio el santo Fr. Toribio Motolinia, año de mil y quinientos y cincuenta y dos, lo cual él rehusó todo lo que pudo, alegando insuficiencia y poca salud, mas al fin contra toda su voluntad lo hubo de aceptar, y antes que pasase un año, por escrúpulos que tenia, con título de faltarle la vista lo renunció, y se lo aceptaron. Murió lleno de buenas obras, y está enterrado en el convento de S. Francisco de México.

CAPÍTULO L.

De otros santos varones dignos de memoria.

De Fr. Cristóbal Ruiz.
1538. **F**R. Cristóbal Ruiz vino á esta Nueva España de la provincia de la Concepcion en compañía de Fr. Juan de Gaona y de los otros, el año de mil y quinientos y treinta y ocho. No supo lengua alguna de los indios, porque siempre residió en el convento de México, donde fué dos veces guardian, y algunas difinidor de esta provincia del Santo Evangelio. Era religioso de muy concertada vida y mucho ejemplo, y dado al ejercicio de la oracion, de la cual compuso un libro pequeño que anda impreso. En este bendito padre se verificó la eleccion que los santos doctores hacen, y en particular el bienaventurado S. Gregorio en su Pastoral, del buen pastor y prelado, en quien deben andar acompañadas ambas vidas, activa y contemplativa, porque tuvo gracia en regir un convento, no perdiendo por esta ocupacion la quietud y ejercicio de la contemplacion. Acabó santamente en el Señor, y yace su cuerpo en el convento de México.

Fr. Alonso de Ordoz.
1538. **F**R. Alonso de Ordoz, natural de Soria, tomó el hábito de religion en el devoto convento de S. Francisco del Monte, cinco leguas de Córdoba, de la provincia del Andalucía. Vino á esta del Santo Evangelio el año de mil y quinientos y treinta y ocho. Aprendió las dos lenguas, mexicana y otomí, y en ambas predicó muchos años la palabra de Dios. Vivió en mucha austeridad y abstinencia. Comia una sola vez al dia, y entonces poco. No bebió vino, hasta que siendo muy viejo, por la necesidad que tenia, bebia un poco, rogándose el prelado y otros religiosos. Mas aunque era tan riguroso para sí, era de mucha caridad para los demas, y acudia con entera voluntad á sus necesidades, así corporales como espirituales. Jamas negó á alguno el oírle de penitencia, fuese indio ó español, y en estas obras de caridad era incansable. Fué muy afable con todos y andaba siempre lleno de alegría espiritual. Parecia en su persona hombre que su conversacion y trato tenia en el cielo, porque andaba siempre elevado y trasportado en Dios, y todos veian en él la observancia de la regla, la prontitud en obedecer, la pobreza singular, la profunda humildad, ferviente celo de la salud espiritual de los prójimos, devocion en rezar el oficio divino y celebrar las misas, y muy alta contemplacion. Levantábase cada noche á las once, y luego re-

zaba los maitines antes de la comunidad, y con los demas religiosos los rezaba otra vez. Fué molestado sumamente del demonio con diversas tentaciones; mas confortado del Señor con grandes vigili-
as y oraciones, alcanzó victoria contra el enemigo. En la oracion recibió muchas mercedes de Nuestro Señor, las cuales él con mucho cuidado encubria. De dia estaba á la continua estudiando en la librería ó en la celda, y juntaba á la leccion la santa oracion, porque (como otro S. Buenaventura) cuanto especulaba con el entendimiento, lo rumiaba con el afecto de la devocion. De noche nunca metia lumbre en la celda, porque sacado el tiempo del sueño que tomaba (que era muy poco), todo lo demas gastaba en oracion. Tuvo singular celo y cuidado de la guarda de la honestidad. Fué muchas veces guardian en la provincia, y en este oficio muy grato y amable á todos los naturales. En el pueblo llamado Nextlalpa, cerca de Tula, le trajeron al siervo de Dios una india otomí para que la bendijese, porque parecia estar endemoniada. Metieronla por fuerza en la iglesia (porque de otra suerte no queria entrar), y puesta ante el santo viejo, él, por su mucha humildad, se excusaba de la bendecir, y rogaba al compañero (aunque mas mozo) que la bendijese. Mas como el compañero, teniendo el respeto debido, no lo quisiese hacer, finalmente la bendijo el varon de Dios, y luego la india comenzó á dar muy recios temblores (que á los presentes ponía miedo y espanto), como despidiendo al mal huésped que dentro de sí tenia. Mandóle luego se santiguase ella propria, lo cual hecho, quedó libre aquella mujer, del demonio, que nunca mas le volvió, aunque quedó muy fatigada. Vino á enfermar este padre bendito siendo morador del convento de Tula, y lleváronlo á la enfermería de México, donde visitándolo el vicario del convento, le rogó el siervo de Dios se acordase de él en sus oraciones, y lo encomendase á Dios siete dias continuos, los cuales cumplidos y recibidos los santos sacramentos, lleno de muchas virtudes y santas obras pasó al Señor el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro. Está enterrado en el dicho convento de S. Francisco de la ciudad de México.

De Fr. Hernando de Leiva.
1584. **F**R. Hernando de Leiva fué natural de Cidamon en la Rioja, cerca de Santo Domingo de la Calzada. Sirvió á la órden hartos años en la provincia de Búrgos (donde tomó el hábito) con mucho ejemplo y trabajo de su persona, despues de los cuales, movido del celo que tenia de la salvacion de las almas, oyendo cómo en aquel tiempo los frailes legos ayudaban en la predicacion y doctrina